

CAPITULO I.

En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

1. El tener padres virtuosos, y temerosos de Dios, me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos santos, comenzó á despertarme de edad (á mi parecer) de seis, ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y áun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él, tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasion á que ella hacía caso della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de har-to entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasó el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas, y nueve hermanos: todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razon: porque yo hé lastima, quando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí; juntábamnos entrambos á leer vidas de santos: como veía los martirios

que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habría para esto. Concertábamnos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto, y gustábamnos de decir muchas veces para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas pedrecillas, que luégo se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdomme que quando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco ménos: como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imágen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin, me ha tornado á sí. Fatigame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mio! pues parece teneis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi

ganancia, sinó por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada á donde tan continuo habiades de morar? Fatígame, Señor, áun decir esto porque sé que fué mia toda la culpa; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no veía en ellos sinó todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me habia dado (que segun decian eran muchas) cuando por ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPITULO II.

Trata cómo fué perdiendo estas virtudes y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

1. Paréceme que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razon ni así nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolviamonos para leer en ellos, y por ventura lo hacia para no pensar en grandes trabajos que tenia y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se habia de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi me comenzó á enfriar los deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás, y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecia, que si no tenia libro nuevo no me parece tenia contento. Comencé á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenia mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofen-

diera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado muchos años: ahora veo cuán malo debia ser. Tenia primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenian otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera á Dios que lo fuera destos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que ántes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías no nada buenas, y lo que peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar dijera á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.

2. Ansi me acaeció á mí, que tenia una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenia mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me habia de venir), y era tanta la ocasión que habia para entrar, que no habia podido. A esta que digo me aficioné á tratar: con ella era mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo queria, y áun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece habia dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenia mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni habia amor de persona dél que á esto me hiciese rendir. Ansi tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecia á mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por

otras muchas vias. En querer esta vanamente, tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprehendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasion de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversacion, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguna señal; y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque despues mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como á mí la afición. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sinó á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perudiese: aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en esas vanidades, cuando me llevaron á

un monasterio que había en este lugar, á donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulacion, que sola yo, y algun deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulacion mia, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo, á quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mio, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra vos! Tengo por cierto que se excusarian grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sinó en no nos guardar de descontentaros á vos.

4. Los primeros ocho dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho dias, y aún creo en ménos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento á donde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religion, y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar á sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habeis sufrido. Amen. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por via de casamiento me parecía podía acabar en

bien, é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios. Dormia una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

CAPITULO III.

En que trata, cómo fue parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que habia traído.

1. Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversacion desta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer en ningun tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella habia venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que habia hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenia con ser monja, que se me habia puesto grandísima: y si veia alguna tener lágrimas cuando rezaba, ó otras virtudes, habiala mucha envidia, porque era tan recio mi corazon en este caso, que si leyerá toda la Pasion, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales y á procurar con todas me encomendasen á Dios que me diese el estado en que le habia de servir; mas todavia deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque tambien temia el casarme. A cabo deste tiempo que estuve aquí, ya tenia más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas, que despues entendí tenian, que me parecian extremos demasiados; y habia alguna de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. Tambien tenia yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja si lo hubiese de ser, sino á donde ella estaba. Miraba más el

gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces, y luégo se quitaban, y no podia persuadirme á serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residia en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenia, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido tambien me amaba mucho, al menos mostrábase todo regalo, que áun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servia como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien tambien andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenia, y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos dias. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios, y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mi me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discrecion. ¡Oh, vá-lame Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amen. Aunque fueron los dias que estuve pocos, con la fuerza que hacian en mi corazon las palabras de Dios, ansi leidas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y ansi poco á poco me determiné á forzarle para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí mesma con esta razon: que los trabajos y pena de ser monja,

no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que despues me iria derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movia un temor servil, que amor. Poníame el demonio, que no podría sufrir los trabajos de la religion, por ser tan regalada. A esto me defendia con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaria á llevarlos. Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos dias. Habíame dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mis padres, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me queria, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruego de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué, que despues de sus dias haria lo que quisiese. Yo ya me temia á mí, y á mi flaqueza no tornase atrás, y ansi no me pareció me convenia esto, y procurélo por otra via, como ahora diré.

CAPITULO IV.

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó á dar.

1. En estos dias que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mio á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un dia muy de mañana al monasterio á donde estaba aquella mi amiga, que era á la que yo tenía mucha afición: puesto que ya en esta postrera determinacion yo estaba de suerte, que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacia dél. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa

de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastáran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luégo me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendia de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religion; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venia. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo (que siendo sólo por Dios, hasta comenzarle quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace despues), aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vias, que sólo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y ansi jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amen.

2. Bastara, oh sumo Bien y descanso mio, las mercedes que me habiades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan seguro y á casa á donde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, fuera ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesion, y la gran determinacion y contento con que la hice, y el des-

posorio que hice con vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habian de ser de sangre, y quebrármese el corazon, y no era mucho sentimiento, para lo que despues os ofendi. Páreceme ahora que tenia razon de no querer tan gran dignidad, pues tan mal habia de usar della: mas vos, Señor mio, quisisteis, casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mio, sino que prometí no guardar cosa de lo que os habia prometido; aunque entonces no era esa mi intencion: mas veo tales mis obras despues, que no sé qué intencion tenia, para que más se vea quién vos sois, Esposo mio, y quién soy yo. Que es verdad cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¡En quién, Señor, puede ansi resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mio, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzásteis á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo veía, y otros muchos males juntos; y ansi pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendi á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba del sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no lo dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar á donde habia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y ansi dijeron haria la mia. Fué conmigo esta amiga, que he dicho, que tenia en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometia clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses del padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las

pudo sufrir mi sujeto, como diré. Habia de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de Abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tio mio (que tengo dicho, que estaba en el camino) un libro, llámase Tercer Abecedario, que trata de enseñar oracion de recogimiento; y puesto que este primer año habia leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendia el daño que me habian hecho, no sabia cómo proceder en oracion, ni cómo recogerme, y ansi holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me habia dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años despues desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavia me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

3. Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios como el libro me decia, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, tenia la de no hacer pecado mortal, y pluguiera á Dios la tuviera siempre: de los veniales hacia poco caso y esto fué lo que me destruyó) comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacia merced de darme oracion de quietud y alguna vez llegaba á union, aunque yo no entendia qué era lo uno ni lo otro y lo mucho que era de apreciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de union, que no sé si era Ave Maria; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años me parece traía el mundo debajo de los piés, y ansi me acuerdo que habia lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podia traer á Jesu Cristo nuestro bien y Señor dentro de mí presente, y esta era mi manera

de oracion. Si pensaba en algun paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreacion; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginacion, que la tengo tan torpe, que áun para pensar y representar en mi, como lo procuraba traer, la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta via de no poder obrar con el entendimiento llegan más presto á la contemplacion, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupacion de la voluntad y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad y grandisimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposicion, les conviene más pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto tiénele mayor, y conviénele ocuparse mucho en leccion, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosissima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta en que sin leccion (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sinó en lugar de la oracion mental que no puede tener) digo, que sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oracion, que será imposible durar mucho en ella y le hará daño á la salud si porfia, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo y estas grandes sequedades por no poder, como digo discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar á tener oracion sin un libro; que tanto temia mi alma estar sin él en oracion, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía ó escudo en que habia de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; más era siempre cuando me faltaba libro, que era luégo

desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba á recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacia. Parecíame á mi en este principio que digo, que teniendo yo libros y como tener soledad, que no habria peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así si tuviera maestro ó persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entónces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Mas fué tan sutil y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los dias que serví á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, áun en esta vida, ningun deseo bueno: por ruines é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luégo los escondia. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud, que el mismo Señor pone en mí, cási haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se habia conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mio para saber encarecer lo que en este caso le debo y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amen.

CAPITULO V.

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

1. Olvidéme decir cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces, yo lo llevaba con harta pena é imperfeccion, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento y ansi lo decían. Era aficionada á todas las cosas de religion, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabia lo que era procurar mi contento, y ansi la ignorancia no quita la culpa. Alguna tie-ne no estar fundado el monasterio en mucha perfeccion: yo como ruin íbame á lo que veía faltar y dejaba lo bueno. Estaba una monja entónces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre que se le habian hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo veía á todas temer aquel mal; á mi haciame gran envidia su paciencia. Pedia á Dios, que dándomela ansi á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espántome, porque aún no tenía á mi parecer amor de Dios, como despues que comencé á tener oracion me parecía á mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con hartó cuidado de mi regalo mi padre, y her-

mana, y aquella monja mi amiga que habia salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comencó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello hartó bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residia en aquel lugar á donde me fui á curar, de hartó buena calidad y entendimiento; tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fian de sí sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más; yo pensaba que sí y que no era obligada á más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas para que yo me guardára dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen á mí: yo engañé á otras hartas con decirles lo mesmo que á mí me habian dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un Padre dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como despues diré. Pues comenzándome á confesar con éste que digo, él se aficionó en extremo á mí, porque entónces tenía poco que confesar para lo que despues tuve, ni lo habia tenido despues de monja. No fué la aficion deste mala, mas de demasiada aficion venia á no ser buena. Tenia entendido de mí que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él tambien me aseguraba lo mesmo, y ansi era mucha la conversacion. Mas mis tratos entónces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas dél; y como era tan niña, haciale confusion

ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó á declararme su perdicion: y no era poca, porque habia casi siete años que estaba en muy peligroso estado con aficion y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decia Misa. Era cosa tan pública, que tenia perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hizoseme gran lástima porque le queria mucho, que esto tenia yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecia virtud ser agradecida y tener ley á quien me queria. Maldita sea tal ley que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratisima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdicion, y ví que el pobre no tenía tanta culpa, porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre que le habia rogado le trajese por amor della al cuello, y este nadie habia sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean que pues pierden la vergüenza á Dios (que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar, y que á trueco de llevar adelante su voluntad y aquella aficion que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacia en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor; mi intencion buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no habia de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios; esto debia aprovecharle, aunque más creo le hacia al caso el quererme mucho, porque por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice luego echar en un rio. Quitado esto comenzó, como

quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que habia hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdicion, vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debia ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepcion, y en aquel dia hacia gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer dia que yo le ví, murió. Ya habia estado muy en servicio de Dios, porque aquella aficion grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas tambien hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entónces. Y pareceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y áun para lo que acá pretenden deben de ganar con ellos más por aquí, segun despues diré. Tengo por cierto está en carrera de salvacion. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasion; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedia mi complexion; á los dos meses á poder de medicinas me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazon de que me fui á curar era mucho más recio, que algunas veces me parecia con dientes agudos me asian dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podia comer, sinó era bebida, de gran hastio, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habian dado una purga cada dia) estaba tan abrasada que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan inoportables que dia ni noche ningún sosiego podia tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre á donde tornaron á verme médicos; todos me deshaucieron, que decian sobre todo este mal estaba ética. Desto se me daba á mí poco, los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los piés hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, segun decian los médicos, y como todos se encogian, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En

esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto y con haber comenzado á tener oracion, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufiremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de nuestra Señora de Agosto, que hasta entónces desde Abril habia sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa á confesarme, que siempre era muy amiga á confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningun sentido cuatro dias poco menos; en esto me dieron el Sacramento de la Uncion, y cada hora ó momento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchas; bendito sea él que quiso oirlas, que teniendo dia y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí; luégo me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas á mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habian dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto despues lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesion entera, á mi parecer, de todo lo que entendi habia ofendido á Dios; que esta merced me hizo su Majestad entre otras, que

nunca despues que comencé á comulgar dejó cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvacion si entónces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra y por muchas ser yo tan ruin. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien ¡oh ánima mía! que miraras del peligro que el Señor te habia librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo, no añado muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre á una alma. Sea bendito para siempre; plegue á su Majestad que ántes me consuma que le deje yo más de querer.

CAPITULO VI.

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos, y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San José, y lo mucho que le aprovechó.

1. Quedé destes cuatro dias de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que áun el agua no podia pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta, si no me meneaban, sólo un dedo me parece podia menear de la mano derecha. Pues llegar á mí no habia cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía que si no llegaban á mí, los dolo-

res me cesaban muchas veces, y á cuento de descansar un poco me contaba por buena, que traia temor me habia de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continos dolores, aunque á los recios frios de quartanas dobles con que quedé recisimas, los tenia incomportables; el hastio muy grande. Dí luégo tan gran priesa de irme al monasterio que me hice llevar así. A la que esperaban muerta recibieron con alma, mas el cuerpo peor que muerto para dar pena el verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenia; ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios con gran alegría, porque todo se me hacia no nada comparado con los dolores y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ánsia de sanar, por estar á solas en oracion, como venia mostrada porque en la enfermería no habia aparejo. Confesábame muy á menudo; trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba, porque á no venir de mano de su Majestad, parecia imposible sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oracion que me habia hecho, que ésta me hacia entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo ví nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuracion; porque traia muy delante cómo no habia de querer ni decir de otra persona lo que no queria dijese de mí: tomaba esto en harto extremo, para las ocasiones que habia, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; mas lo continuo era esto, y así á las que estaban conmigo y me trataban, persuadia tanto á esto que se quedaron en costumbre. Vinose á entender que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenia amistad y deudo, y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les

daba: plega á su Majestad me perdone, que de muchos males fui causa, aunque no con tan dañada intencion como despues sucedia la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quién, más contento y recreacion me daba, que toda la-pulicia ó groseria (por mejor decir) de la conversacion del mundo; comulgar y confesar muy más á menudo y descarlo; amiguissima de leer buenos libros; un grandisimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios, que muchas veces me acuerdo que no osaba tener oracion, porque temia la grandisima pena que habia de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo despues en tanto extremo, que no sé yo á qué comparar este tormento. Y no era poco ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacia en la oracion y lo mucho que le debia, y veia cuán mal se lo pagaba, no lo podia sufrir y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veia mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me veia para no tornar á caer en poniéndome en la ocasion; parecianme lágrimas engañosas, y pareciami ser despues mayor la culpa, porque veia la gran merced que me hacia el Señor en dárme las y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y á mi parecer hacia de mi parte lo que podia para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco; que á decirme en el peligro que andaba y que tenia obligacion á no traer aquellos ratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna via sufriera andar en pecado mortal sólo un dia si yo lo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oracion, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia quanto á pecados mortales. ¡Oh válame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad y cual me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces que si estando buena me habia de condenar, que

mejor estaba así; mas todavía pensaba que sirviera mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé á hacer devociones de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y á ellas les hacía devoción; despues se ha dado á entender no convenian, que eran supersticiosas: y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él: vi claro, que así desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con más bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer una necesidad, á este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenia nombre de padre siendo ayo le podia mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algun bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad tenia gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querria yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo

cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza, para más bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso santo á mí y á otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discrecion. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca y tenerle devoción: en especial personas de oracion, siempre le habian de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesus, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal desta merced.

4. Quién dijera que habia tan presto de caer, despues de tantos regalos de Dios, despues de haber comenzado su Majestad á darme virtudes, que ellas mesmas me despertaban á servirle; despues de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; despues de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva. ¡Qué es esto, Señor mio, en tan peligrosa vida hemos de vivir! que escribiendo esto estoy, y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia, podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfeccion: Que no vivo yo ya, sino que vos, Criador mio, vivis en mí, segun há algunos años, que á lo que puedo entender, me teneis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas á vuestra Majestad sin entenderlo: y tambien me parece, que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinacion me deje de po-

ner á ella, y en algunas me habeis vos ayudado, para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demas me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis Vos, mi Señor, que á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razon, si me habeis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud en no me la estando Vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega á vuestra Majestad, que áun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Pareciame á mí, Señor mio, ya imposible dejaros tan del todo á vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seais por siempre, que aunque os dejaba yo á Vos, no me dejastes Vos á mí tan del todo que no me tornase á levantar, con darne Vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la queria, ni queria entender, cómo muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

CAPITULO VII.

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas.

1. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenia vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oracion, tornarme á llegar á Dios; y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mio, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oracion, de verme tan perdida; y pareciame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocal-

mente, que no tener oracion mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpar á la casa á donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás: por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, tambien cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: ántes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinion, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me veían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar, y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imágen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devocion, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta, y más libertad, que á las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Pareciame á mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado